REBECA TABALES

SEIS HERMANAS

Los años de la inocencia

BASADA EN UNA IDEA DE **RAMÓN CAMPOS** Y **GEMA R. NEIRA**

Planeta

Rebeca Tabales

Seis hermanas
Los años de la inocencia

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Rebeca Tabales, 2015
Basado en la idea original de Ramón Campos y Gema R. Neira
© Corporación RTVE, 2015
© Bambú Producciones, S. L., 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2015
Depósito legal: B. 23.251-2015
ISBN: 978-84-08-14641-4
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Romanyà
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

DIARIO DE ELISA

6 de mayo de 1880

Nuestro carruaje ha entrado en Madrid traqueteando. Hemos ido por malos caminos al salir de Toledo y a una de las ruedas traseras se le han desajustado los clavos, así que ha habido un par de paradas inútiles en posadas de rotonda que olían a chorizo, y donde los parroquianos nos miraban mucho porque somos muy jóvenes y viajamos solas. Adolfina se ha quejado del calor y del dolor de espalda, y ha estado la segunda mitad del viaje pegada a la ventanilla, recostada hacia atrás con la cabeza sobre el brazo, los ojos cerrados y boqueando como un pececito. Es una exagerada. A mí me ha parecido todo muy emocionante y divertido.

Cuando hemos parado para descansar, el cochero ha cogido un periódico y se ha sentado a fumar una pipa en un poyete (no una pipa elegante como la que usaba nuestro padre, pobrecito, sino una de esas de campesinos hecha de madera, con mucha habilidad); me he puesto a mirar lo que leía. Decía que había elecciones en Madrid y no sé qué de Cánovas..., que se ha comprado dos titíes. Adolfina me ha dado un codazo y me ha dicho que soy una cotilla.

«Tú y los papeles. Qué manía tienes con los periódicos».

Entonces el cochero nos ha mirado, supongo que indignado porque dos señoritas bien vestidas estuviesen coti-

lleando, pero creo que ha pensado que estábamos oliendo el tabaco y no mirando sus papeles. Ha cruzado una pierna sobre la otra, se ha cambiado de mano la pipa, y ha corregido la postura de su sombrero de fieltro de manera que no lo viésemos fumar. Nos hemos ido corriendo al coche, Adolfina estaba riendo de la vergüenza y me ha pegado la risa. Le he susurrado:

«¿Te has dado cuenta? Pensaba que queríamos oler su tabaco. Ni se le ha ocurrido que dos jovencitas quisieran saber lo que pasa en el mundo».

«Es que yo no quiero saberlo».

Ha dicho Adolfina. Me ha hecho gracia.

Hemos llegado a casa de los tíos a las cinco, cansadas y despeinadas. Es una casa enorme en la calle de Villanueva, y no tiene el blasón en la puerta o en la reja, como las casas solariegas de Toledo. Debe de ser que aquí no se estila. Nos han enviado a tomar un baño y cambiarnos enseguida, antes incluso de que pudiéramos curiosear la que va a ser nuestra futura casa. La entrada es muy lujosa, con cortinas verdes de terciopelo, como de embajada, y enormes plantas dentro de unos maceteros dorados con asas, como vasijas antiguas, que me llegaban por el cuello. Me he acercado a las hojas. Olían a leche. Seguramente mi tía habrá ordenado a las criadas limpiarlas con leche para que brillen, eso lo hacía mi madre. Recuerdo que contaba cómo se lo enseñó el ama de llaves, que había sido su aya. He recordado al ama Felisa, a la doncella Mariana y a Luis, el jardinero, que siempre nos regalaba a Adolfina y a mí la primera rosa blanca y la primera rosa roja del año. He recordado que, precisamente por esto, cuando Felisa nos leía para dormir el cuento de Blancanieves y Rosaflor, nos imaginaba a Adolfina y a mí como protagonistas; he recordado sobre todo el beso de buenas noches de mi padre, en el despacho, y el de mi madre, en la cama, antes de que Felisa

nos arropara y se pusiera a tejer junto a la vela, y cómo me dormía arrullada por el chocar de las agujas, y me he puesto a llorar. Adolfina me ha dicho:

«¿Qué te pasa, Elisa? ¿Te ponen triste las plantas?».

Sé que me lo ha dicho para hacerme reír, porque ella es así, pero yo no he podido reírme, me he tapado la cara con las manos y así es como me ha visto mi tía Pilar, por primera vez en tanto tiempo, con los labios hinchados y la nariz colorada. Aun así, me ha cogido la cara entre las manos, ha mirado a mi hermana y nos ha dicho, de un modo un poco ñoño:

«Pero qué preciosas, y qué mayores. Pobrecitas mías».

La mansión que ocupaba el número 1 de Modesto Lafuente, haciendo esquinazo y dándose casi de bruces con los primeros jardines de entrada a la plaza de Olvide, se imponía por altura y se distinguía por aspecto (los tejados picudos de pizarra, los muros de un controvertido vainilla y las enredaderas tenaces de la verja la hacían parecer una villa burguesa de cuadro flamenco) y, sobre todo, por el nombre: Casa Silva. Esta última prueba y característica de su dignidad se debía a los habitantes que la ocupaban; el señor don Genaro Silva, dueño de Tejidos Silva, su esposa doña Pilar y sus dos hijos Fernando y Ricardo.

Don Genaro Silva era un hombre convencional, bigotudo, de pelo canoso desde los treinta y pocos años. Era uno de esos hombres sedentarios a quienes disgusta la prisa y que no tienen otra afición que la charla. Era siempre ese personaje que, al final de las fiestas, cuando ya todo el mundo está agotado —porque comenzó el día con ejercicio o porque pasó el sábado en las carreras o porque estuvo de caza en la dehesa de un cuñado el fin de semana anterior, o porque se está reservando las fuerzas para visitar el burdel o a una querida en un hotelito de las afueras— a él le sobran fuerzas todavía en todos los músculos, pues el único que no ha tenido inactivo ha sido la lengua, y pone a prueba la resistencia y el orgullo de todos con sus palabras.

—Vamos, señores, ánimo, que no se diga, una copita más.

—¿Una más? ¡Y cuántas! En algún momento hay que parar, don Genaro.

—Pero si no son ni las cuatro, no amanece todavía.

Uno pone un brazo en jarras y se pasa la mano por la cabeza calva y arrugada de cansancio, como si se peinase, y mira a otro buscando apoyo.

—¿Usted le oye?

—Yo ya no sé si lo oigo. Por no saber, no sé si hablo. Puede que sueñe.

—No pueden ser ustedes tan viejos y tan pobres de espíritu —insistía don Genaro.

—¿Pobre de espíritu, me ha llamado? Le retaría a duelo si pudiera levantar el brazo.

—Vamos, hombre... —dice con tono pícaro—. La señorita artística esa que tiene usted tanta prisa por visitar esperará una horita más, si no, es que no vale la pena.

Y así.

Efectivamente, conocía los vicios de los demás, pero él, aparte de la verborrea, no tenía otro, y la única pega que le ponía la sociedad y que daba para criticarlo era ser acusado por las malas lenguas de nuevo rico, a causa de que la procedencia de su fortuna no fuesen antiguos títulos y rentas, sino la prosperidad de un negocio insólito en Madrid (la suya era la única fábrica textil floreciente que no se encontraba en Levante).

Mas don Genaro, hombre de buen comer y fumar y, por tanto, de humor excelente, se reía de tales lenguas y de muchas otras atribuyéndoles a ellas mismas una fortuna que procedía de las Américas, la usura o la compra y venta de títulos, es decir, de negocios tanto o más vulgares y esforzados que los de su familia y que tampoco se remontaban muchas generaciones más allá. Estaba orgulloso del ascenso de su rama paterna, mucho más que si hubiera sido

de noble cuna, aunque reconocía que por algún motivo (tal vez justicia divina, o tal vez el hecho de que solo las dificultades forjan el carácter, y solo el carácter forja la suerte, como le habían enseñado al pequeño Genaro) era más difícil para un rico mantener su fortuna heredada que para un pobre inteligente hacer una nueva.

El primer esfuerzo, y nada baladí, fue el de su bisabuelo, mayordomo de vida casi monacal que había ahorrado lo suficiente para comprar una pequeña ferretería. De sus muchos hijos, el primogénito llegó a estudiar ingeniería y reconvirtió el negocio familiar en fábrica siderúrgica, y el segundón, el padre de don Genaro, compró y amplió a mediados de siglo una inmensa fábrica de telas en el paseo del Rey, que poco a poco se había llenado de imponentes chimeneas y lenguas espesas de agua teñida que bajaban por sus canalones hasta el río. Estos habían llegado a ser los dominios absolutos de don Genaro. En su primera juventud se asoció con los Hinojosa, amigos de la infancia y compañeros de estudios, pero llegó un momento en que tuvo el beneficio suficiente para comprarles su parte, y lo que no pudo comprar lo emitió en obligaciones. Los Hinojosa eran inversores nerviosos y aventureros y habían visto ya posibilidades en el ferrocarril y otros negocios, así que para ellos fue casi una liberación dejar Tejidos Silva en manos de Silva, como debía ser, y marcharse a recorrer mundo, a tierras americanas y británicas.

—Los Silva siempre habéis sido muy de aquí. Gatos, gatos. Si salís de Madrid os da frío.

Habían comentado alguna vez a don Genaro, y don Genaro se había ofendido un poco, porque el comentario le parecía injusto y hecho con mala intención, como para dárselas de internacionales y presentarlo a él como un provinciano. Al fin y al cabo, a ellos mismos los había escuchado decir alguna vez, le parecía recordar que hablando de

un artículo de Clarín, que Madrid no era más que un poblacho, que en España no había otra cosa que provincias. Pero eso lo decían dos culos de mal asiento y además, sospechaba don Genaro, envidiosos vocacionales. Lo cierto es que él era un hombre feliz, bien casado y con hijos que lo heredarían, ¿cuánto más florida podía estar una rama familiar que dos generaciones arriba estaba sirviendo a los ricos?

La señora doña Pilar Santos de Silva era, por emplear un adjetivo atribuido a mujeres excelsas de la edad de oro de nuestra literatura, una dama discretísima. Esto es, era bella, pero no exuberante, elegante, pero no llamativa, inteligente, pero no profunda. Poseía las condiciones que debe tener la mujer hermosa de raza ibérica según la condesa de Montijo: tres cosas finas, los labios, los dedos y el pelo; y tres cosas negras, las cejas, los ojos y los párpados. En cuanto a comportamiento, era una obra maestra de la educación anticuada que le habían dado sus padres, solo se le podían poner dos pegas: una, que de tan correcta era un poco sosa, y en su vida no había ocurrido nada que diese para un cotilleo; otra, que cuando en un encuentro relajado entre amigos o en un banquete de bodas la sentaban junto a su marido y este hacía un comentario un tanto atrevido, o que se salía mínimamente de tono, y no era raro porque entre tanta palabrería alguno había de escapársele, le pegaba con el abanico cerrado una y hasta dos veces. Lo raro era la reacción de don Genaro, que decía mucho de la frescura de su carácter y la inocencia que se había conseguido mantener en el trato del matrimonio a pesar de llevar juntos desde que eran dos nenes con la leche en los labios; por muchas veces que su mujer hubiera hecho este gesto, a él siempre le sobresaltaba y le hacía echarse encima el café, o soltar un «¡oh!» redondo de niño que hacía sonreír a doña Pilar cuando volvía a abanicarse, una sonrisa casi imperceptible, hay que decir.

CARTA DE FERNANDO SILVA A CATALINA HINOJOSA, FECHADA EN SEMANA SANTA DE 1880

Querida Catalina:

Espero que te encuentres bien de salud y viviendo con alegría el reencuentro con tus familiares de Inglaterra. Yo he tenido que abandonar de momento mis estudios de ciencias para dedicarme a cuestiones prácticas de la fábrica que a mi padre le importa mucho que aprenda. Echo de menos mis libros y sobre todo la química, que me relaja. No estoy hecho para ser un hombre de negocios, me parece, pero mi padre opina lo contrario y no hace más que halagarme. Esto me ha enemistado un poco con Ricardo, que últimamente está más crápula y perezoso que nunca y sin embargo parece que siente envidia cuando hablo de alguno de mis primeros éxitos en Tejidos Silva. Lo quiero, pero no le entiendo. No entiendo a esas personas que envidian algo que sin embargo no quieren ni intentan conseguir. Aunque sus celos y su desprecio son muy dolorosos para mí, me reprocha que soy de piedra porque no me enfado con él. En fin, queridísima mía, no quiero agobiarte con estos temas dolorosos de familia, pero siento que se abre un abismo entre mi hermano y yo y tú eres mi consuelo, mi amiga más querida en este momento. He decidido hablar más de nuestro compromiso, de nuestro amor, para que no me digas, como mi hermano, que tengo frío el corazón porque nunca expreso sentimientos. Si no hablo de ellos, amor mío, es porque los tengo a buen recaudo, donde no puedan cambiar ni ser he-

ridos. He hablado con mi sabia madre de este tema y hemos convenido en que, si estás de acuerdo, celebremos nuestra fiesta de compromiso en mayo.

Recibe mis cariñosos saludos.

Tuyo,

Fernando Silva